

La trastornada saga de Elvis Fider Loreto Membrives

Los niños

CAROLINA SANÍN

Laguna Libros, Bogotá, 2016, 151 pp.

NI LA misma Laura, protagonista de este libro, entiende a ciencia cierta cómo apareció el niño. Una “estrugada” cuidandera de carros bogotana, que “más que enferma, parecía curada antiguamente” (p. 14), se lo ofrece, o se lo vaticina, mientras hace las compras en la Olímpica. ¿O es quizás toda la historia un largo sueño de esta sonámbula señora o señorita? Habrá que ver.

Lo cierto es que Elvis Fider Loreto Membrives, al que, sin acordarse cómo, Laura acabó poniéndole el apodo de Fidel, apareció una noche y trastornó las noches y los días de esta madre de paso. Laura lo lleva cumplidora al Bienestar, pero no al instituto de papel o de ladrillo que sale en los periódicos, sino a ese delirante espacio burocrático kafkiano cuya “realidad” desafía nervios y razones. Y los nervios de Laura son distintos, delicados. Lo entrega y, cuando quiere saber de su existencia, Fidel desaparece entre legajos y citas de acudientes; se lo devora el caos. Laura emprende entonces la pesquisa. Recurre a una doctora conocida, estafadora zorra y enredista cuyo reporte final, además de demencial en la historia y el lenguaje —la escritora se da el gusto de involucrar al lector en la demencia—, no arroja luces sobre su paradero.

Fidel desaparece varios meses, en los que se nos cuenta la cotidianidad de Laura mientras prosigue su búsqueda, la propia y la de Elvis —a quien entre tanto le ha crecido el pelo y para nuestra fortuna no el cabello—. La protagonista, en el ínterin, trata de continuar con una lenta lectura de *Moby Dick* que nunca acaba. Y Fidel aparece, en el primer lugar en el que fue entregado. A Laura entonces le es aprobada “su solicitud [nunca presentada] de tutoría en la modalidad de estación de recurso”. Laura pasa a ser madre. Y la cosa va en serio y trae sus consecuencias en la isla de Laura, en el niño y en la atmósfera

extraña en la cual conviven con Brus, un galgo flaco que “en la cara larga y la mirada equívocamente confiada, se parecía a la mujer que cuidaba los carros” (p. 18).

La relación se desarrolla hasta el final de la novela. Hay un viaje a los Llanos; un pesebre extemporáneo adornado con nieve hecha de bolitas diminutas de papel higiénico y champiñones frescos y enseres de cocina y un colegio. Este merece una mención *propter sensus humor*. Se trata del Toscano Completo, “un plantel experimental atento a las necesidades estilísticas de los alumnos y devotos de la estructura dramática de la vida humana” (p. 109), repartido en varios locales del Centro Comercial Los Héroes y dirigido por la *Signora Zannini* y sus hermanas “dizque italianas”, en donde Fidel cultiva por un tiempo sus necesidades estilísticas.

En este tiempo, Laura recurre también a la adivina cuando se ve enfrentada a las pataletas del niño de seis años (¿o son siete?). La verdad este mundo es el de dos alucinados cuya convivencia aguanta 147 páginas completas, hasta el final de la narración del disparate, no menos disparatado de lo que debe ser vivir en Bogotá por estos tiempos.

La prosa de Carolina Sanín en este texto es el equivalente a meter los pies calientes en un balde con hielo: nos despierta, pero duele. Hay algo de provocador en la expresión, algo perturbador en los seductores vericuetos cubistas de un pensamiento que expresa con desasosiego casi escandaloso su propia confusión y la del mundo. La escritora parece luchar contra el acartonamiento del español del altiplano como lo hizo J. D. Salinger con el inglés a mediados del siglo pasado, en *El guardián entre el centeno*, para lograr que el lenguaje piense y hable en realidades coloquiales, impermeables a la herramienta del anticuado costumbrismo. Y aunque este tipo de lenguaje será más tarde un gusto adquirido, Sanín lo logra en buena parte por ahora.

En una entrevista que le hizo Cristian Garavito para *El Espectador*, publicada el 17 de diciembre de 2018, la bogotana arroja pistas: “Las distintas maneras de decir, las distintas formas del discurso, están naturalmente mez-

cladas en la cotidianidad de la cultura y en el aprendizaje del ser humano”. Nadie habla o siente como en los libros, y es verdad. Y no piensan de la misma manera las mujeres y los hombres. Sanín se empeña en retorcer la cotidianidad, en pasarla por el sistema nervioso y destilar zumos bizarros en palabras. Los diálogos son especialmente veraces, bien logrados, lo que es ya una hazaña en la historia de la lengua castellana.

En *Los niños* (curiosamente en plural: ¿así son todos?) es evidente la irritación con la jerga de la “línea” de atención al público y con el vocabulario de oficina. Y para estos sonidos, amaneramientos y sintaxis, Carolina tiene ojo de cetrería y humor corrosivo, necesariamente clasista sin quererlo, porque una cosa es hablar y otra hablar bien, una cosa leer y otra comprender lo que se lee o aun lo que se oye, y ni mencionar lo que está escrito: quedan pocos de esa diezmada e incómoda secta de los alfabetizados al derecho en este país de analfabetos funcionales. Entiende que estamos cada vez más incomunicados, no nos entendemos, y hacerlo implica un esfuerzo pues es como un continuo y exasperante juego del teléfono roto. Para agarrar al vuelo este fenómeno del lenguaje y la cultura, para pescar sus propios pensamientos y emociones, y expresarlos con honestidad en el lenguaje, la implacable Sanín es muy aguda.

El ritmo de la prosa tiene su toque de rock de garaje y asfixia de apartamento bogotano. La voz no siempre sale en melódicas dulzuras —lo que la hace dulce pues crea una empatía paradójica—, y esos ritmos áridos, difíciles, son interesantes e inevitables en la literatura urbana del planeta. Hay que estar avisado, eso sí, para disfrutar esta lectura, pues la literatura puede estar corriendo la suerte del arte conceptual, en el que se requiere un mínimo contexto, un olfato intuitivo del espacio desde el cual se proyecta el escritor.

El lenguaje de esta novela corta no busca paliativos ni emolientes en consuelos espirituales, ni le hace concesiones a la estética romántica o al temor de ser exorbitante. Hay juego, humor, imaginación, recursos y afirmación, sin esperar mayores recompensas. El oficio de la escritura, expresa Carolina

Sanín en la entrevista mencionada, “es mi manera de estar aquí. Es una manera de salir a andar para que las cosas y los otros y el mundo te salgan al paso, y entonces te encuentren sin buscarlos deliberadamente”, como el niño.

Ignacio Zuleta Lleras